

Tras las huellas de Don Quijote

Actas de la Jornada dedicada
a *Don Quijote de la Mancha*



Ponencia:

Quijotización
y sanchificación.
El Quijote
interpretado por
Salvador
de Madariaga

Marc Delbargé

Amberes, Lessius Hogeschool, 9 de diciembre de 2005

Edición y traducción a cargo de Lieve Behiels

Quijotización y sanchificación. *El Quijote* interpretado por Salvador de Madariaga.

Marc Delborge

Lessius Hogeschool de Amberes

1. Don Quijote y Sancho Panza como personajes novelescos y como componentes de una misma personalidad: la quijotización y la sanchificación.

El Quijote constituye un documento histórico y geográfico de la sociedad del siglo XVI, tal y como las obras de Lope de Vega lo son del siglo XVII y las novelas de Pérez Galdós del siglo XIX. La obra maestra de Cervantes describe a 700 personajes que pertenecen a distintas clases sociales, desde la alta nobleza a la población rural más modesta y forma una síntesis de la España de finales del siglo XVI y principios del siglo XVII bajo Felipe II y Felipe III. Sin embargo, no es un documento en el sentido estricto de la palabra ya que las referencias a años concretos y lugares precisos son mínimas o incluso ausentes. El autor lo menciona de manera explícita al principio y al final de su novela:

En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco corredor. (I, 1, 27)

Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de La Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de La Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. (II, 74, 1104)

De ahí la dimensión atemporal y universal de esta obra maestra de la literatura española, que sigue siendo una novela de una belleza artística transcendental. Es como si Cervantes hubiera hecho a propósito para borrar las huellas reales del hidalgo itinerante y engañar a los turistas que, sobre todo en el año 2005 - año del cuarto centenario de la publicación de *El Quijote* - salieron en

busca de testimonios concretos del itinerario por donde hubiera pasado nuestro hidalgo. La ficción sobrepasa de lejos la realidad histórica y geográfica.

Efectivamente, *El Quijote* es sobre todo una obra literaria, y no un documento con datos históricos y geográficos verificables. Además, Cervantes no sólo fue el autor de lo que se puede considerar la primera novela de verdad, sino también de una parodia de la literatura caballeresca anterior en la cual critica tanto el estilo como el contenido, refiriendo a lo poco probable y lo exagerado de las aventuras:

[...] y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas enricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: “La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura.” Y también cuando leía: “... los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza. (I, 1, 28-29)

A pesar de esta crítica explícita, Cervantes se sirve de ciertas técnicas de escritura propias de las novelas de caballería: se presenta, por ejemplo, no como el autor, sino como el que descubrió en el Alcaná de Toledo la traducción del manuscrito original de la mano de cierto Cide Hamete Benengeli. Además, en muchas ocasiones hace referencias explícitas a aquellas novelas caballerescas, y más particularmente a *Amadís de Gaula*, de Garci Rodríguez de Montalvo, el prototipo de calidad y modelo a imitar. En el capítulo 6, se lee que ésta fue la única obra que se salvó del fuego destructor encendido por el cura y el barbero.

Cervantes conoció bien el género literario de aquellas novelas y quiso incluso tomarlas como punto de partida para superarlas y para crear un nuevo prototipo a imitar, un libro de caballerías modelo, ambición que consiguió efectivamente concretar por el estilo muy personal y la complejidad de la historia. La gran originalidad del *Quijote* consiste sobre todo en el lenguaje muy propio, el humor, la parodia y las múltiples reflexiones sobre la obra misma. Recordemos aquí la autocrítica de Cervantes:

La *Galatea*, de Miguel de Cervantes – dijo el barbero.
Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena intención; propone algo y no concluye nada: es menester esperar la

segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre. (I, 6, 68)

En la segunda parte del *Quijote* interviene el autor para distanciarse de la falsa continuación de la primera parte escrita por Avellaneda de Tordesillas. Se protege de manera explícita y lo menciona claramente dejando morir al protagonista:

Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de La Mancha, había pasado desta presente vida, y muerto naturalmente. Y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas. (II, I, 1104)

Cervantes superó en calidad el género literario que parodió. En el Siglo de Oro existieron dos tendencias: por una parte, se imitó a los autores clásicos e italianos, por otra, se optó por la creatividad espontánea y libre. Cervantes sintetizó esas dos corrientes y su obra sirvió como una especie de eslabón entre ambas. Sin embargo, la gran fuerza de esta obra maestra surge de la originalidad y la complejidad del protagonista, o mejor dicho de los protagonistas.

En muchas críticas literarias se considera a ambos como antagonistas, pero Salvador de Madariaga, en su *Guía del lector del Quijote*, rechaza esa interpretación como una

antítesis falsa y superficial entre los dos protagonistas. El grupo Quijote-Sancho aparece interpretado como un “par antagonista”, cada uno de cuyos elementos queda convertido en cabeza de una serie de valores respectivamente opuestos. De Don Quijote arranca la serie “valor-fe-idealismo-utopía-liberalismo-izquierdas”, mientras que la serie Sancho se desarrolla por el lado opuesto en “cobardía – escepticismo – realismo - sentido práctico – reacción - derechas”. (Madariaga 2005: 82-83)

Analicemos el primer protagonista: Alonso Quijano, un hidalgo de poca fortuna financiera (tiene que vender tierras para poder comprarse libros) sufre una transformación (Don Quijote de La Mancha, de la Triste Figura, de los Leones) y entabla la lucha contra la injusticia para convertirse en la segunda parte en un personaje de una novela y morir como un mortal ordinario (Alonso Quijano el Bueno). Sus fuentes de inspiración son las novelas de caballería (su lucha contra la

injusticia) y las novelas cortesananas (su lucha es dedicada a Dulcinea del Toboso, título honorífico otorgado a Aldonza Lorenzo, una moza labradora, cf. I, 1, 33).

Don Quijote posee el don – o padece de la enfermedad patológica – para ver y vivir la realidad a su manera, transformándola en su cabeza en función de un ideal transcendente. Se niega a aceptar el mundo real tal como es a pesar de los esfuerzos de concienciación por parte de Sancho. Sin embargo, guarda cierta lucidez y se da cuenta de que se está mintiendo a sí mismo.

Calla amigo Sancho – respondió don Quijote -; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas, al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. (I, 8, 76)

Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábetete, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue envidioso de la gloria que vio que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero. Pero no vayas agora, que he menester tu favor y ayuda; llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me he quedado ninguno en la boca. (I, 18, 162)

Sancho Panza es a la vez el otro protagonista y el antagonista de Don Quijote, pero se le parece también por ser él igualmente un soñador (sueña con ser gobernador de una isla) y por imitar a su maestro en su manera de hablar, sobre todo en la segunda parte. Ambos protagonistas se complementan, se corrigen y se acercan el uno al otro en su comportamiento y en su lenguaje. Sancho Panza representa la plebe, consigue subir la escala social (llega a ser gobernador de la isla ficticia Barataria), pero se da cuenta de que le faltan las capacidades para gobernar como se debería y vuelve a convertirse en el patán de antes. Su sentido común, su actitud realista, empírica y materialista y su carácter bonachón contrastan con la imaginación exagerada, el idealismo utópico y la aparente dureza de carácter de nuestro hidalgo. Es crédulo (cree ciegamente las promesas que se le hacen), pero, por otra parte, sólo se fía de sus sentidos cuando tiene que tomar decisiones

concretas. Su ideal y su motivación para seguir a su maestro son muy concretos. Tiene sentido de responsabilidad porque después de sus aventuras regresa a casa para cuidar de su mujer y sus hijos. Que Don Quijote le trate de cobarde no significa que lo sea: el hidalgo lo hace para parecer él más valiente. Su predilección por los refranes muestra su sentido común, que se resume perfectamente en el “más vale un toma que dos te daré”.

Las diferencias entre ambos protagonistas son múltiples, pero al mismo tiempo los dos forman los componentes de una personalidad compleja: las interferencias son tales que se influyen mutuamente y que adoptan las costumbres y la manera de hablar el uno del otro. En esto consiste el dinamismo de la obra maestra. Salvador de Madariaga, en su *Guía del lector del Quijote*, habla de la “quijotización de Sancho y la sanchificación de Don Quijote”.

En cuanto a la quijotización, se puede notar que, al principio, Sancho imita a su maestro de tal manera que va copiando su actitud paternalista así como su manera de hablar: trata a su mujer Teresa como Don Quijote le trata a él, sobre todo en la segunda parte. Sancho no constituye una caricatura, sino un personaje dinámico que sufre una transformación paulatina: de escudero pasa a ser socio que pide un salario fijo. Se identifica también progresivamente con el mundo de ilusiones de Don Quijote, pero concretadas las suyas, se da cuenta de que el cargo de gobernador no le conviene y renuncia a sus ambiciones para volver a convertirse en el realista de antes.

La sanchificación de Don Quijote implica igualmente un proceso de transformación: el caballero intrépido, tal y como aparece durante la primera y la segunda salida, se vuelve cada vez más prudente a causa del enfrentamiento con la dura realidad. Don Quijote pierde poco a poco la fuerza para crearse por la imaginación un mundo diferente del mundo real y para imponer sus visiones a los demás. Renuncia incluso a sus ideales originales de caballero andante por el desengaño del cual es responsable Sancho. Leamos lo que Madariaga dice a este propósito:

Sancho, acorralado en el Toboso, decide fríamente engañar a su amo en aquel soliloquio inimitable que hace sentado al pie de un árbol habiendo dejado a Don Quijote esperándole en el bosque. El método que Sancho halla en su magín es sencillo, pero excelente, y consiste en afirmar, jurar y porfiar. Sancho lo ha aprendido de su amo, que por tales medios pretendió imponerle tantas veces sus quimeras. Cuando el ladino escudero, por acto de su voluntad, impone a su amo como Dulcinea la villana visión de una aldeana, Don Quijote, puesto de hinojos junto a Sancho, “miraba con ojos desencajados y vista turbada

a la que Sancho llamaba reina y señora”. Y es que al caballero le tocó sufrir destino contrario al que él quería imponer a los demás. Mientras la visión que él erigía como realidad era más bella que lo real, la realidad que le presentaba a él Sancho como visión era más fea que su sueño. A partir de esta aventura, el humorismo de amo y criado varía en delicados movimientos, que Cervantes observa y apunta con mano maestra. Don Quijote sufre primero honda depresión, que Sancho intenta combatir con palabras de consuelo en que asoma ya el remordimiento. (Madariaga 2005: 124)

Don Quijote pierde la fe en lo que él había creado, se desilusiona y va retirándose en un mundo muy suyo hasta que se rompe totalmente y se muere, sin ilusiones, pero con el alma sosegada. Este proceso de transformación progresiva de ambos personajes al nivel psicológico se nota igualmente en el campo del lenguaje: como se influyen mutuamente en cuanto al comportamiento, es obvio que hay también interferencias lingüísticas. Sancho adopta el tono pedante de su maestro sin perderse por tanto en reflexiones abstractas y Don Quijote comienza a apreciar el uso de los refranes, lo que antes había criticado. A ver algunas citas que ilustran el menosprecio del hidalgo por el uso de refranes:

También, Sancho [...] no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias. (II, 43, 872)

¡Oh! maldito seas de Dios, Sancho! - dijo a esta sazón Don Quijote -. Sesenta mil Sataneses te lleven a ti y a tus refranes: una hora ha que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormenta. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallas, o ha de haber entre ellos comunidades. Dime: ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y aplicarle bien sudo y trabajo como si cavase. (II, 43, 875)

No más refranes, Sancho – dijo Don Quijote - , pues cualquiera de los que has dicho basta para dar a entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas a la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto; y, castígame mi madre, y yo trómpogelas. (I, 67, 1063)

A veces Sancho le da a su maestro una réplica muy acertada y se atreve a criticarle a él:

Paréceme – respondió Sancho – que vuestra merced como lo que dicen: “Dijo la sartén a la caldera: quítate allá, ojinegra”. Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuestra merced de dos en dos. (Ibídem)

Se lanzan a veces reproches sin darse cuenta de que se influyen mutuamente. Don Quijote es el que más influencia sufre del otro imitando la manera de hablar de su escudero:

Nunca te he oído hablar Sancho – dijo Don Quijote -, tan elegantemente como ahora; por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: “no con quien naces, sino con quien paces.” (I, 67, 1063)

Don Quijote, a punto de morir, se sirve incluso de un refrán para renunciar a sus ideales de caballero andante y despedirse de la vida:

Señores – dijo Don Quijote -, vámonos poco a poco, pues en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo: fui Don Quijote de La Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. (II, 74, 1103)

Como acabamos de verlo, la quijotización de Sancho Panza y la sanchificación de Don Quijote se sitúan tanto en el nivel del comportamiento como en el del lenguaje. Esta riqueza psicológica y lingüística por las interferencias mutuas, la complejidad de los protagonistas y el dinamismo de su evolución a través de la novela constituyen factores que se añaden al valor documental desde el punto histórico y geográfico que ya mencionamos. Pero aún hay más dimensiones de esta obra maestra de la literatura española.

2. *Don Quijote de la Mancha* como reflejo de la identidad española, como fuente de inspiración para artistas posteriores y como parte del patrimonio cultural europeo.

Salvador de Madariaga considera a *Don Quijote* el reflejo de la identidad española (*Don Quijote es español, y hasta El Español por excelencia*. 1980a: 232). Esta afirmación es una cita sacada del estudio que Madariaga efectuó sobre los países europeos más importantes y su identidad nacional, *Ingleses, franceses, españoles*, que apareció como parte de la publicación póstuma de 1980, titulada *Carácter y Destino en Europa*. En este estudio, se concentra en la identidad nacional de Inglaterra, Francia y España a partir de unos parámetros tales como la política, la estructura

social, la lengua, las bellas artes, la religión, etc. En el capítulo dedicado a la cultura y la literatura, Don Quijote es esbozado como el prototipo del español y como un hombre apasionado que sale de su torre de marfil para combatir, con actos heroicos y en su fantasía, la injusticia en nombre de un ideal transcendente, a saber el honor y el amor sublimado. Salvador de Madariaga compara el personaje de nuestro hidalgo con Hamlet, el protagonista de la obra de teatro de Shakespeare (que se publicó por casualidad en el mismo año que *El Quijote*) y, según él, el prototipo del inglés.

Hamlet y Don Quijote simbolizan las dos vertientes opuestas del problema social europeo por antonomasia: el del equilibrio entre el individuo y la sociedad en que vive. Hamlet vive en el centro de una sociedad densa y consciente de sí misma, que exige mucho de él; Don Quijote vive en la periferia de una sociedad liviana que lo ignora y no le pide nada. Hamlet, oprimido por lo social, lo rehuye e intenta evadirse, físicamente en sus viajes, mentalmente en sus monólogos. Don Quijote, asfixiado por falta de aire social, se inventa una sociedad que servir y va a buscarla en sus salidas. Puesto que la mujer es para el hombre el lazo obligado con lo social, Hamlet maltrata y desprecia a Ofelia; Don Quijote inventa y venera a Dulcinea. La presión de la sociedad ambiente le mete el alma a Hamlet hasta dentro de su pecho, determinando esos soliloquios, verdaderas salidas de pasión en los campos de su alma, espirales hacia su centro, que cada vez más agudas van a terminar en el estilete del suicidio; el vacío de la sociedad ambiente lanza a Don Quijote a sus salidas, verdaderos soliloquios de acción por los campos de su imaginación sin bardas, espirales hacia la periferia, cada vez más amplias y vacías que van a perderse en la arena del desierto. [...] Hamlet, conduce a la tiranía por exceso de orden [...] Don Quijote, lleva a la anarquía por falta de orden. (Madariaga 1980a: 236)

El *Quijote*, obra literaria, y don Quijote, personaje simbólico o caricatura, inspiraron igualmente a muchos artistas y dieron lugar a la creación de múltiples obras artísticas. La figura de Don Quijote es la persona que lucha contra molinos de viento y representa a quien se compromete con obsesión y a pesar de lo que los demás le dicen para realizar sus ideales y sus sueños. En nuestras tierras se nos ocurre el nombre de uno de nuestros artistas de más fama internacional, Jacques Brel, que, por su vida y su mensaje poético, se puede identificar con el hidalgo de la literatura española. El musical de Dale Wasserman fue adaptado por Brel y en octubre de 1968 se estrenó *L'Homme de la Mancha* donde desempeñó él mismo el papel de Don Quijote. En un comentario posterior insiste Brel en la relación entre el hidalgo de La Mancha y Thyl Uylenspiegel de nuestro autor belga Charles de

Coster y reconoce en el caballero andante un Uylenspiegel en el crepúsculo de su vida.

Un segundo elemento que constituye una fuente de inspiración para muchos artistas es la pareja de los protagonistas, la dualidad concretada en una personalidad compleja, la quijotización y la sanchificación antes estudiadas. Recordemos aquí las parejas Thyl Uylenspiegel y Lamme Goedzak, Tintín y el capitán Haddock, Asterix y Obelix, etc., parejas que a su vez vuelven a aparecer en la pintura, la música y la literatura.

El Quijote forma igualmente parte del patrimonio cultural europeo, del Olimpo de los mitos, de los personajes literarios que nos parecen perennes, inmortales, compañeros de nuestra vida. Dice Salvador de Madariaga en la obra antes citada:

Don Juan y Don Quijote nos son seres más concretos y vitales que los personajes de quienes nos separa el tiempo, como los Reyes Católicos, o el espacio, como Stalin. Nos habrá quien ponga en duda que los cuatro europeos del espíritu que más descuellan son Don Quijote, Hamlet, Fausto y Don Juan. (Madariaga 1980a: 230).

Cervantes, Shakespaere, Goethe y Tirso de Molina son los autores que, con los protagonistas de sus obras maestras, contribuyen – inconsciente e indirectamente – a la creación de esos mitos y de obras artísticas que se inspiraron de ellos. Madariaga sitúa a estos cuatro autores - y sus protagonistas - dentro de la literatura europea y los describe como responsables de una perennidad y de un universalismo que caracterizan Europa, la Europa socrática y la Europa cristiana:

Estas cuatro figuras que Shakespeare, Cervantes, Tirso y Goethe esculpieron en los ensueños de los hombres de sus días, van tomando a cada siglo más estatura al nutrirse de los ensueños de los días que siguen fluyendo: de modo que, clásicos, son modernos, y siempre vestidos al uso de su tiempo, son, sin embargo, siempre actuales; y nacidos inglés, españoles y alemán, son siempre europeos y hasta universales, con ese matiz sui generis de universalismo que el espíritu de Europa debe a su cerebro socrático y a su corazón cristiano. (Madariaga 1980a: 232)

A Madariaga le interesa establecer comparaciones entre esos protagonistas y ciertos rasgos del ‘carácter nacional’ de los europeos. Sus comparaciones parecen algo artificiales y abstractas, pero contienen sin duda informaciones interesantes e invitan a la reflexión:

Ya hemos visto cómo el par Hamlet – Don Quijote ilustra dramáticamente el equilibrio entre el individuo y la sociedad, problema típicamente europeo. A su vez, Fausto y Don Juan encarnan otros dos aspectos conjugados de Europa: Fausto encarna el espíritu de investigación, el alto racionalismo, la fe en la luz interior del espíritu humano que desde los tiempos de Sócrates guía a Europa hacia el conocimiento de la naturaleza, del planeta y el alma humana. Don Juan encarna el espíritu de expansión, de descubrimiento, de conquista, que ha hecho de Europa la creadora de América y el guía de la cultura universal. (Madariaga 1980a: 251)

Madariaga va aún más allá pretendiendo que particularmente Don Quijote es el prototipo del europeo por antonomasia:

Uno de los rasgos que hacen tan fascinante la figura de Don Quijote es que, mientras muchas veces es completamente razonable, nunca está completamente loco. [...] Por eso, nuestro caballero andante, salvo cuando están en juego sus caballerías, puede considerarse como un europeo modelo, abogado de la razón, de la fascinación sosegada y de la búsqueda de la verdad. (Madariaga 1980a: 262).

El afán de nuestro hidalgo para combatir la injusticia con actos heroicos, su locura y lucidez a la vez y su don para transformar la realidad real en una realidad soñada son rasgos típicos, otra vez según Madariaga, del europeo en general. Puede añadirse su obsesión por la libertad (mental) como fuerza de expansión y manera para conquistar el mundo. Sancho Panza comparte esta obsesión por la libertad, pero hay diferencias de visión muy evidentes:

Don Quijote va a la realidad con una idea preconcebida de lo que es, que puede o no corresponder a las cosas, pero a la que él las obligará a plegarse; Sancho no abraza idea preconcebida alguna, ni tiene noción de ideas generales: se halla, pues, dispuesto a aceptar lo que venga como viniere, y verterlo en refranes que le exilien la memoria. (Madariaga 1980a: 270).

Estas diferencias de visión aparentes entre Don Quijote y Sancho Panza forman la esencia misma del alma de los europeos: “Los dos polos de la verdad que, bajo los nombres de Platón y Aristóteles, han ejercido su influencia sobre el alma de Europa, se enfrentan a través de la novela que viene a ser así como uno de los caminos que Europa ha tomado hacia el conocimiento de sí misma”. (Madariaga 1980a: 270) En fin, esta novela de Cervantes no sólo es un tesoro de informaciones históricas y geográficas, sino que constituye igualmente una novela de gran

maestría literaria con valor atemporal y universal innegable así como una obra artística que refleja tanto la identidad española como el alma europea y que inspiró ya y que sin duda seguirá inspirando a múltiples artistas ulteriores.

Bibliografía

- Coster, Charles de. 1983. *La légende d'Ulenspiegel*. Bruxelles: Labor, 1983.
- Madariaga, Salvador de. 2005. *Guía del lector del "Quijote"*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Madariaga, Salvador de. 1991. *Madariaga, ciudadano del mundo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Madariaga, Salvador de. 1980a. *Carácter y Destino en Europa*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Madariaga, Salvador de. 1980b. *Cosas y Gentes I: El Libro de los Prohombres*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Madariaga, Salvador de. 1967. *Portrait of Europe*. London: Hollis & Carter.
- Madariaga, Salvador de. 1952. *Portrait de l'Europe*. Paris: Calmann-Lévy.
- Ortega y Gasset, José. 2001 [1914]. *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Cátedra.
- Seghers, René. 2003. *Jacques Brel. Leven en Liefde: 1929-1978*. Baarn: Tirion – Lannoo.
- Unamuno, Miguel de. 1967. *Antología poética*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Unamuno, Miguel de. 1988 [1905]. *Vida de don Quijote y Sancho*. Madrid: Cátedra.

Discografía

- Brel, Jacques. 2003. *Comme quand on était beau*. Universal Music & Barclay, 2003.

